

ESPAÑA

8-326



1923

Madrid, 10 de noviembre.

Año IX.—Núm. 395

SEMENARIO DE LA VIDA NACIONAL

SUMARIO

Herejía constitucional, por Miguel de Unamuno. - Lía y Raquel, por E. Díez-Canedo. Fantasmagorías, por Ramón Gómez de la Serna. - Enferma, por Jaime Torres Bodet. El mar, por Luis G. Santa Marina. - El monumento a Rubén Darío. - La política y los políticos, por Leopoldo Alas. - Benjamín Palencia, por Juan Ramón Jiménez. - Niños (dibujos), por Benjamín Palencia. - Poesías, por Jorge Guillén. - Los Estados Unidos y la reagrupación de Europa, por Camilo Barcia. - Libros. - Revistas: La Confederación de la Humanidad, por H. G Wells. - Notas deportivas, por Edgar. - Noticia bibliográfica.

Este número ha sido revisado por la censura militar, que no permite que aparezca en blanco lo censurado.

HEREJÍA CONSTITUCIONAL

En una hoja periódica que se ha adjudicado el triste papel de pedir al actual poder público los mayores desatinos hemos leído que se debe incapacitar para volver a ser ministros de la Corona a los que lo han sido en el que se ha dado en llamar—con evidente lijereza—el antiguo régimen. Y como eso no podría hacerse sino por un real decreto equivale a tanto como a pedir que el monarca firme uno en que se obligue a no volver a llamar a sus consejos a los que ya llamó antes, limitando la facultad que la Constitución le confiere de nombrar y separar libremente sus ministros. A ningún buen monárquico se le puede ocurrir un desatino semejante.

A ningún buen monárquico se le puede ocurrir que la Corona se comprometa a no volver a poner su confianza en antiguos servidores suyos sobre los que no haya recaído sentencia alguna, legal y formalmente promulgada, que les incapacite para esa función. Eso sería una de las mayores abdicaciones de la Corona. Y es claro que el actual poder público, monárquico ferviente y leal, no puede hacer caso de las torpes excitaciones de esa hoja periódica del triste papel. Es claro, clarísimo, que el actual poder público, que la situación gubernativa presente, monárquica ferviente y leal, no ha de intentar secuestrar así la voluntad regia. Acaso los consejeros esos del triste papel lo harían, si pudieran; intentarían, a serles hacede-

ro, secuestrar esa voluntad en la malla de sus torpes concupiscencias.

Hay otro aspecto. Esos antiguos ministros del régimen—no ministros del antiguo régimen—merecieron la confianza, no sólo de la Corona, sino del pueblo que los elegía diputados y senadores. Y las más de las veces sin otra presión que la de los favores que de ellos se esperaba. Pues el que llamamos caciquismo más se sostenía haciendo favores que negándolos. ¿Quiere esa hoja del triste papel que se les incapacite también para ser elegidos? Lo que sería en vano. No eran elegibles, según la ley, los individuos del Comité de Huelga de 1917 que estaban cumpliendo condena en el Penal de Cartagena y fueron elegidos por el pueblo, que los creía injustamente condenados, y hubo que amnistiarlos y dejarles al Congreso, a donde fueron a acusar a sus acusadores. Y ¿no podría suceder que si sobre uno de los antiguos ministros recayese una sentencia condenatoria—que es muy otra cosa que incapacitarle, sin ella, para volver a ministrar—fuese ésta una recomendación para sus antiguos electores y volviesen a elegirle?

Sí, es cierto que muchos de esos antiguos ministros, los más de ellos, pecaron gravemente contra la Corona y contra el pueblo, contra España, que había depositado en ellos su confianza, pero su pecado mayor, su pecado mortal contra la civilidad y la humanidad y la patria no es el que suponen esos que se ofrecen de asistentes al régimen ahora; es otro y mucho mayor.

Pecaron como la Samaritana por no tener marido a quien ser fiel (Juan, IV, 17) y a ellos se les puede decir lo que a ella dijo el Cristo: «Cinco maridos has tenido y el que ahora tienes no es tu marido; eso has dicho con verdad.» Y esos cinco maridos, y muchos más, se vuelven ahora contra la Samaritana, contra el que la hoja esa

lana el antiguo régimen o sistema, y le llaman ramera. Y la pobre Samaritana, que estaba esperando al Mesías, sin saber-lo que le pasa, llora a solas.

La hoja del papel sanitario pide la incapacitación de los antiguos ministros del régimen, pero no se atreve a descubrir en qué consistió su mayor culpa y cómo no supieron defender debidamente la independencia de su responsabilidad o abandonar a tiempo un puesto en que no eran capaces de mantenerse dignamente.

¡Pobres caciques caciqueados! La Samaritana despilfarraba, pero era para atraerse a sus maridos de una temporada. Sí, lo malo era el sistema; el sistema samaritanesco. ¡Pobre Samaritana! ¡Pobre hembra!

No, que no vuelva a desgovernarnos ella; pero tampoco ninguno de sus maridos sucesivos. ¡No, ella la hembra, no! Pero ellos tampoco.



MIGUEL DE UNAMUNO.

Causas ajenas a nuestra voluntad no nos permiten publicar en este número el artículo de Manuel Azaña, «Nuevos partidos, libertades viejas».

LIA Y RAQUEL

(A PROPÓSITO DE LAS POESÍAS DE JUAN ALCOVER)

Cuando Aribau, el patriarca de las renacientes letras catalanas, despedíase de su tierra en los amplios versos que, de ser tributo privado de amistad y gratitud, pasaron luego a simbolizar el amor del suelo nativo, ponía los ojos en la cumbre del Montseny, desde la que se ven los montes de Barcelona y, en medio del inmenso mar, la nave mallorquina:

e al mitj del mar inmens la malloquina nau!

Mallorca, en efecto, con sus dos islas hermanas, la extrema Menorca, que aun conserva en el nombre de su ciudad la memoria del temible marino cartaginés que posó en aquellas rocas, e Ibiza, archivo de floridas civilizaciones pretéritas y nidal aun de costumbres que tienen aroma y rudeza primitivos, parece la mayor de tres carabelas, marcadas con el escudo de las barras de Aragón, que salieran al encuentro, por la quietud azul del Mediterráneo, de las altas galeras de Italia.

Mallorca que, en el siglo XIII, daba al pensamiento de Europa un Raimundo Lulio, no ha producido después, para España, el hombre de presa, el Napoleón que como el otro desde Córcega se plantara de un salto en el continente, para hacerse su amo; ni ha captado para su fama, como la misma tierra corsa, el genio narrativo de un Próspero Mérimée. Las islas italianas del Mediterráneo son islas dramáticas; las españolas, son islas líricas.

Esto lo saben bien los pintores que han ido a buscar en los senos marinos de Mallorca, en sus montes y grutas, en sus jardines señoriales o en sus campos de almendros, visiones de color en que cada tono sostiene puramente su más

intensa nota. Esto lo supo, en dos épocas de su vida, Rubén Darío, que aspiró en las alturas la sal de las brisas en que Grecia echó a volar sus dioses y gustó, en el recogimiento cartujo de Valldemosa, unas horas de quietud en el errar de su espíritu.

Catalanas por su habla popular, no son, a la hora presente, las islas líricas, foco de encendida pasión para las autonómicas aspiraciones que conmueven una parte de España, distinta de la mayor por su lengua. Cabalmente se ha señalado en los escritores baleares que han enriquecido las letras catalanas un tono peculiar. «De los poetas de Mallorca— escribe uno de los más autorizados críticos de Cataluña, Alejandro Plana, en su «Antología de poetas catalans moderns»—nos llega otra corriente que describe la vida de la tierra en plena armonía, con imágenes que parecen nacer de la musicalidad de las palabras y las palabras ser dichas como expansión de una serena plenitud interior.» No sólo en los poetas, sino en los mismos escritores políticos, de los cuales Mallorca ha dado a España dos que figuran desde luego entre los más considerables de estos tiempos últimos, Miguel Santos Oliver y Gabriel Alomar, fundamentalmente distintos entre sí, se marca una actitud que no es la dominante en las letras catalanas. Oliver, muerto hace poco, definió toda su vida en el campo unitario, la doctrina conservadora. Alomar, nutrido en las más puras esencias liberales, juzgaría que el mundo de los hombres se estrechaba el día en que hubiese una frontera más. Oliver y Alomar, perfectos escritores castellanos en prosa, han guardado, no obstante, en sus versos, fidelidad estricta al habla familiar. Sólo del segundo hemos leído alguna vez versos castellanos, muy notables por cierto.

Quizá los más jóvenes poetas baleares, una María Antonia Salvá, un Lorenzo Ribes, un Miguel Ferrá, escriben catalán exclusivamente; pero la norma, hasta hoy, ha sido el cultivo simultáneo de las dos hablas, lo mismo en los días del romanticismo por un Tomás Aguiló y un Jerónimo Roselló, que en la transición de un siglo al otro, con Miguel Costa, el sacerdote poeta muerto hace un año, y el patriarca mallorquín don Juan Alcover.

Una pequeña colección que reúne en breves tomitos las «mejores poesías líricas de los mejores poetas», a la que sin duda podrán oponerse reparos, como a toda recopilación medida por el gusto, pero que tiene en su haber grandes aciertos (entre los cuales no es el menor el de haber divulgado en España la obra de las más recientes poetisas americanas, la Storni, la Ibarbourou y la Agustini hasta ahora, muy pronto la Mistral), ha dedicado uno de sus últimos volúmenes a don Juan Alcover, y la lectura de esas páginas, originales unas, traducidas otras, nos ha hecho buscar en los estantes los libros de este gran poeta un poco olvidado y bien digno de que se le conozca.

Su último libro castellano, «Meteoros», es de 1901; su primer libro catalán, «Cap al tard», de 1909. Mas hay ya versos catalanes de Alcover desde 1877 y algunas composiciones en esa lengua se recogen al final del libro «Poesías», impreso en 1892 y en su mayor parte castellano. Desde «Cap al tard» la poesía de Alcover se vuelve catalana exclusivamente. Es como una conversión; la ha explicado el poeta, en unas estrofas, como los últimos latidos espirituales, ofrecidos a la musa que le enamoró y a la que apenas hubo de acercarse. La comparación bíblica esclarece su idea; estuvo casado con Lia y pensaba en Raquel. Sólo ésta podía conmover su íntimo sentir: